

no es tan néciamente incrédulo. El monstruo que ha bebido la sangre de Federico es Han de Islandia.

—El coronel de los insurgentes! exclamó el veterano.

—¿Y os parece, bravo Lory, replicó el festivo Randmer, que necesita saber el ejercicio á la imperial el que hace maniobrar á sus mandíbulas con tanta perfección?

—Teneis el mismo carácter que Federico de Ahlefeld, dijo Bollar al baron; guardaos de tener la misma suerte.

—Juro, gritó el jóven, que lo que más gracia me hace es la imperturbable seriedad del capitán Bollar.

—Y yo lo que más me asusta es la inagotable alegría del teniente Randmer.

En este momento acercóse á nuestros tres interlocutores un grupo de oficiales, que venian hablando con gran calor.

—Pardiez! exclamó el baron al verles llegar; voy á divertirlos con el cuento del capitán Bollar. Compañeros, ¿no sabeis lo que pasa? El bárbaro Han de Islandia acaba de comerse vivo y crudo al teniente Ahlefeld.

Al acabar de decir lo anterior no pudo reprimir una carcajada; pero con gran sorpresa suya fué acogida por los recién llegados casi con gritos de indignación.

—Os reís de ese horrible suceso? Nunca creimos que el baron Randmer fuese capaz de reír de semejante desgracia.

—Pues qué, preguntó Randmer turbado, es cierto?

—Nos lo repetís y lo dudais? ¿Es que no os creéis á vos mismo?

—Me figuré que eso era una broma de Bollar.

Un oficial veterano tomó la palabra, diciendo:

—Pesada hubiera sido, pero desgraciadamente no es broma, sino realidad. Nuestro coronel el baron Vethaum acaba de recibir esa fatal noticia.

—Eso es horrible! Eso es espantoso! repitieron muchas voces.

—Segun eso, vamos á pelear con osos y con lobos de rostro humano, dijo un oficial.

—Recibiremos tiros de arcabuz, añadió otro, sin saber de dónde salen, y seremos muertos uno á uno, como faisanes en una pajarera.

—La muerte de Federico de Ahlefeld horroriza, exclamó el capitán Bollar con voz solemne. Nuestro regimiento es desgraciado. Al asesinato del capitán Dispolsen, al de los pobres soldados, cuyos cadáveres se encontraron en Cascadthy-

more, hay que añadir la del teniente Federico; tres trágicos sucesos verificados en muy corto espacio de tiempo.

El baron Randmer, que permaneció mudo de sorpresa durante el anterior diálogo, salió de su abatimiento, exclamando:

—Parece increíble! ¡Federico, que bailaba tan bien!

Después de esa profunda reflexión quedó otra vez en silencio, mientras que el capitán Lory afirmaba que le afligia muchísimo la muerte del teniente Federico y hacia observar al segundo arcabucero, Toric Belfast, que el cobre de su banderola no estaba tan brillante como otras veces.

## XXXI.

ORTENSIO.

Qué de arriba descende  
un hombre por una escala.

VELANDO.

No tuvo la noche mala,  
ni en vano el conde pretende

.....  
ORTENSIO.

Qué dicen?

OCTAVIO.

Criados del duque son.

(LOPE DE VEGA.—*La fuerza lastimosa.*)

Hay un no sé qué de triste y de sinies-tro en el aspecto de un campo raso y sin verdura, cuando el sol ha desaparecido, cuando se está solo y se anda tronchando con los piés yerbas secas, oyendo el grito monótono de la cigarra y viendo grandes é informes nubes acostarse lentamente en el horizonte, como cadáveres de fantasmas.

Esa impresion recibia Ordener, mezclándola con sus tristes pensamientos, la noche de su inútil encuentro con Han de Islandia. Aturdido un momento por su brusca desaparicion, desde luego pensó en perseguirle, pero se extravió entre los matorrales y vagó todo el dia por tierras cada vez más incultas y silvestres sin encontrar huella humana. A la caída del dia se encontró en una llanura espaciosa que solo le ofrecia por todas partes un horizonte igual y circular y en ninguna abrigo de ninguna clase, y estaba extenuado de cansancio y de necesidad.

Agravaban sus sufrimientos corporales las amarguras de su alma; ¡habia llegado al término de su viaje y no habia conseguido su objeto!... No le quedaban ya ni aun las locas ilusiones de la esperanza que le arrastraron á perseguir al bandido; y ahora, que nada ya sostenia su corazón, amargos pensamientos, que hasta entonces se albergaban en él, le asaltaban tumultuosamente. ¿Qué iba á

hacer? ¿Cómo volver á la prision de Schumacker sin llevar la salvacion de Ethel? ¿De qué naturaleza serian las desgracias que hubiera podido evitar el hallazgo del cofrecillo de hierro? ¿Y su casamiento con Ulrica de Ahlefeld? ¡Si al menos pudiese librar á Ethel de su indigna cautividad y huir con ella, llevándose su felicidad á cualquier lejano destierro!...

Embozóse en su capa y tendióse en el suelo. El cielo estaba negro; aparecia de vez en cuando entre las nubes un fulgor tempestuoso, como á través de crespon fúnebre, y se apagaba al punto. El viento soplabá frio en la llanura. Apenas hacia caso el jóven de estos signos de tempestad próxima y violenta; y por otra parte, aunque hubiera encontrado algun asilo en el que evitase la tempestad y en el que descansara de sus fatigas, ¿dónde encontraría un retiro que le hiciera evitar su infortunio y descansar de sus pensamientos?

De repente llegaron á sus oídos confusos acentos de voces humanas. Sorprendido, incorporóse y apercibió á alguna distancia de él una especie de sombras que se movian en la oscuridad. Fijó la vista y vió brillar una luz en medio de misterioso grupo y que cada una de sus figuras fantasmagóricas se hundia sucesivamente en la tierra. Después todo desapareció.

Admiró esto á Ordener, pero su espíritu era superior á las supersticiones de su tiempo y de su país. Su inteligencia grave y madura no tenia fé en las vanas credulidades, en los terrores extraños que atormentan la infancia de los pueblos lo mismo que la infancia de los hombres. Habia, sin embargo, en aquella aparicion singular algo de sobrenatural que le inspiró religiosa desconfianza de su razon, porque nadie sabe si el espíritu de los muertos vuelve ó no vuelve algunas veces á la tierra.

Levantóse, hizo la señal de la cruz y se dirigió hácia el sitio en que apareció y desapareció la vision. Empezaban á caer gruesas gotas de lluvia, su capa se hinchaba como una vela y la pluma de la gorra, batida por el viento, azotaba su rostro.

Paróse de repente. A la luz de un relámpago vió delante de él una especie de pozo, ancho y circular, en el que sin duda hubiera caido á no indicárselo la luz benéfica de la tempestad. Acercóse á la boca, y en una profundidad espantosa vió brillar una pálida luz que der-

ramaba rojiza tinta en la extremidad inferior de aquel inmenso cilindro, abierto en las entrañas de la tierra. El rayo de luz, que parecia un fuego mágico encendido por los gnomos, aumentaba en cierto modo la inconmensurable extension de las tinieblas, que la vista se veia obligada á atravesar para alcanzarle.

El intrépido jóven, inclinado sobre el abismo, escuchó; lejano ruido de voces subió á sus oídos. Indudablemente creyó entonces que los seres que tan extrañamente habian aparecido y desaparecido ante él debian haber entrado en aquella sima, y sintió en su corazón un deseo invencible de bajar tras ellos, aunque hubiera de seguir á una turba de espectros por una de las bocas del infierno: además, la tempestad crecia con furor y aquella sima le ofrecia un abrigo para librarse de ella. Pero cómo bajar? ¿qué camino habian tomado los que él trataba de seguir, si no eran fantasmas?—Otro relámpago vino en su auxilio y le hizo ver á sus piés la extremidad superior de una escalera que se prolongaba hasta las profundidades del pozo; era ésta una enorme viga vertical, á la que cruzaban horizontalmente, de trecho en trecho, cortas barras de hierro, destinadas á recibir los piés y las manos de los que se atrevieran á aventurarse en aquel abismo.

Ordener no vaciló un momento; suspendióse con audacia en la formidable escalera y se metió en la sima, sin saber siquiera si le conduciría hasta el fondo, y sin pensar que quizás ya no volveria á ver la luz del sol. Hundido en las tinieblas que cubrian su cabeza, ya solo veia el cielo cuando la luz de los relámpagos lo iluminaban: pronto la abundante lluvia que caia sobre la superficie de la tierra llegó hasta él convertida en ténue y vaporoso rocío; y pronto el torbellino del viento, que se hundia impetuosamente en el pozo, llegó á perderse sobre su cabeza en largo silbido. Bajó y siguió bajando y apenas parecia aproximarse á la luz subterránea; pero continuó bajando sin arredrarse, evitando tender la vista al fondo del abismo, por temor á un mareo que le precipitase en él.

El aire, cada vez que descendia, era más espeso, el ruido de las voces cada vez más fuerte; reflejo de púrpura comenzaba á bañar las paredes del pozo: todos estos síntomas le advirtieron que estaba ya cerca del fondo. Bajó todavía algunos escalones más y pudo ya distinguir con

claridad, al pié de la escalera, la entrada de un subterráneo, que alumbraba luz trémula y rojiza, y llegó á sus oídos el siguiente diálogo, que absorbió su atención:

—Kennybol no viene, decía una voz impaciente.

—Quién podrá detenerle? añadió la misma voz, después de un momento de silencio.

—No lo sabemos, señor Hacket, le respondían.

—Debió pasar la noche en casa de su hermana Maase Braall, en la aldea de Surb, contestaba otra voz.

—Ya veis, decía el primero que habló, que yo cumplo todas mis promesas; os prometí traerlos por jefe á Han de Islandia y os lo traigo.

Un murmullo, cuya significación era difícil de adivinar, respondió á esas palabras. La curiosidad que despertó en Ordener el nombre de Kennybol creció de punto al oír el de Han de Islandia.

La misma voz continuó:

—Amigos míos, Jonás y Norbith, si Kennybol se queda rezagado, nada importa; ya somos bastantes en número para no temer nada. ¿Habeis encontrado las banderas en las ruinas de Crag?

—Sí, señor Hacket, respondieron muchas voces.

—Pues bien, ya es hora de enarbolarlas. Aquí teneis ya dinero, y aquí teneis ya á nuestro jefe. Valor! ¡Volad á librar al noble Schumacker, al desgraciado conde de Griffenfeld!

—Viva Schumacker! gritaron muchísimas voces, y el nombre de Schumacker se prolongó de eco en eco por los huecos de las bóvedas subterráneas.

Ordener, atraído de curiosidad en curiosidad y de asombro en asombro, oía, sin respirar apenas, sin comprender ni dar crédito á lo que oía. ¡Schumacker relacionado con Kennybol y con Han de Islandia! ¿Cuál era el drama tenebroso del que él, espectador ignorado, entreveía una escena? ¿Qué vida defendían? ¿de quién se jugaban la cabeza?

—Escuchad, dijo el primero que habló, aquí teneis al amigo, al confidente del noble conde de Griffenfeld.

Era la primera vez que Ordener oía esa voz.

—Concededme vuestra confianza, continuó diciendo, como él me concede la suya. Amigos, todo os favorece; llegareis á Drontheim sin encontrar ni un solo enemigo.

—Señor Hacket, replicó otra voz in-

terumpiéndole; Peters me asegura que ha visto en los desfiladeros todo el regimiento de Munckholm, que viene contra nosotros.

—Pues yo digo que Peters os engaña, contestó Hacket con autoridad. El gobierno no sabe aun que ha estallado la rebelión, y su tranquilidad es tanta, que el que ha desoído vuestras justas quejas, el opresor del ilustre y desgraciado Schumacker, el general Levin de Kund, ha salido de Drontheim para asistir en la capital á las fiestas del famoso casamiento de su ahijado Ordener Guldenlew con Ulrica de Ahlefeld.

Júzguese de la emoción que se apoderaría de Ordener al oír tan sorprendentes revelaciones. En un país salvaje y desierto, debajo de una bóveda misteriosa, gentes desconocidas para él pronunciaban nombres que tanto le interesaban y hasta el suyo propio. Espantosa duda le asaltaba. ¿Era creíble que el que hablaba fuese un agente del conde de Griffenfeld? ¿Y Schumacker, ese anciano venerable, el noble padre de Ethel, se rebelaba contra el rey, su señor, y asalariando á bandidos provocaba una guerra civil? ¿Y el hijo del virey de Noruega, ahijado del general Levin, comprometía su porvenir y exponía la vida por un hipócrita y por un rebelde? ¿Y buscó y combatió con Han de Islandia, con el que Schumacker parecía estar en inteligencia, al nombrarle jefe de todos esos bandidos? ¿Quién sabe, pensaba Ordener, si el cofrecillo de hierro, por el que estuvo en inminente peligro de derramar su sangre, contendría alguno de los indignos secretos de esa trama odiosa? ¿Acaso el prisionero de Munckholm se burlaría de él? Tal vez haya descubierto su nombre; tal vez y—¡cuán amargo fué este doloroso pensamiento para el magnánimo joven!—tal vez había desoído Schumacker, arrastrándole á tan fatal viaje, la pérdida del hijo de un enemigo!...

Cuando por mucho tiempo se profesa amor y veneración á un desgraciado; cuando en el secreto del pensamiento se jura afecto inviolable á su infortunio, es muy cruel, es muy amargo el instante en que se recibe en pago la ingratitud, en el que el alma se arrepiente de haber sido generosa, y en que tiene que renunciar á la satisfacción tan pura y tan dulce de consagrarse al sacrificio. Se envejece en un instante con la más triste de las vejezes, con la de la experiencia, perdiendo la más hermosa de las ilusio-

nes de la vida, que no tiene nada hermoso más que las ilusiones.

Tales eran los aciagos pensamientos que agitaban á Ordener. El noble joven hubiera querido morir en aquel fatal momento, en el que le pareció que huía de él la felicidad de la vida. Encontraba, en las palabras del que hablaba como enviado de Griffenfeld, ideas que le parecían falsas ó dudosas; pero como se pronunciaban para alucinar á infelices montañeses, Schumacker se hacia con ellas más culpable á sus ojos, y Schumacker era el padre de su Ethel.

Estas reflexiones, precipitándose en tropel sobre el pensamiento de Ordener, agitaron violentamente su corazón. Estuvo á punto de desfallecer sobre las barras de hierro que le sostenían, pero continuó escuchando; porque muchas veces escuchamos con impaciencia inexplicable y con terrible ansiedad las desgracias que más tememos.

—Sí, prosiguió diciendo el enviado, será vuestro jefe el formidable Han de Islandia, y ¿quién se atreverá á combatirlos? Vuestra causa es la de vuestras mujeres, la de vuestros hijos, indignamente despojados de su herencia; la de un noble infortunado sumido injustamente en una prisión desde hace veinte años. Animo! ¡Schumacker y la libertad os esperan! Guerra á los tiranos!

—Guerra! repitieron mil voces, y en las profundidades del subterráneo se oyó un gran ruido de armas que se mezclaba á los roncós sonidos de la trompa de las montañas.

—Teneos! gritó Ordener, bajando precipitadamente el resto de la escalera. La idea de evitar á Schumacker un crimen y tantas desgracias á su país se apoderó imperiosamente de su sér. Pero en el momento mismo de presentarse en la entrada del subterráneo, el temor de perder con imprudentes declamaciones al padre de Ethel, y quizás á ésta, reemplazó á su primitivo pensamiento, y quedó allí, parado y pálido, arrojando miradas de asombro al cuadro singular que se presentó á su vista.

Era aquel sitio como la inmensa plaza de una ciudad subterránea, cuyos límites se perdían detrás de una multitud de pilares que sostenían las bóvedas. Brillaban aquellos pilares como columnas de cristal á la luz de un millar de antorchas que llevaban una multitud de hombres, caprichosamente armados y esparcidos en confuso desorden por todos los lados de la plaza. Hubiérase crei-

do, al ver aquellos puntos luminosos y aquellas figuras espantosas errar entre las tinieblas, que era una de las asambleas fabulosas, de que hablan las antiguas crónicas, de hechiceros y de demonios, que llevaban estrellas por antorchas é iluminaban por las noches los centenarios bosques y los castillos derruidos.

Al ver á Ordener se levantó horrible clamoreo.

—Un extraño! que muera! que muera! gritaron, y al momento cien brazos se levantaron contra el intrépido joven, el que, maquinalmente, llevó la mano á la cintura en busca del sable, olvidándose éste, en su generoso arrebató, de que estaba solo y desarmado.

—Esperad, esperad, gritó una voz, la del enviado de Schumacker, y que salía de los labios de un hombre grueso y pequeño, vestido de negro, de semblante jovial y de mirada traidora. Adelantóse este personaje hacia Ordener y le preguntó:

—¿Quién sois?

Ordener no respondió: estaba sujeto por todas partes; no había un solo sitio en su pecho sobre el que no se apoyara la punta de una espada ó el cañón de una pistola.

—Tienes miedo? le preguntó el hombre grueso con expresión burlona.

—Si como están esas espadas sobre mi corazón estuviera tu mano, contestó el joven con frialdad, verías que no late más aprisa que el tuyo, y eso en el caso de que tengas corazón.

—La echa de valiente!... Pues bien, que muera. Diciendo esto le volvió las espaldas.

—Que me des la muerte es todo lo que deso de tí, replicó Ordener.

—Un instante, señor Hacket, dijo un viejo de barba espesa, que se apoyaba sobre un largo mosquete. Estais en mi casa, y aquí yo solo tengo derecho de enviar á este cristiano á contar á los muertos lo que ha visto aquí.

El señor Hacket contestó sonriendo:

—Pues obrad como os plazca, querido Jonás. Poco me importa que juzgueis á este espía, con tal de que muera.

El viejo se dirigió á Ordener y le preguntó:

—Dinos quién eres tú, que con tanta audacia querías saber quiénes somos nosotros.

Ordener no quiso responder. Rodeado de los extraños partidarios de Schumacker, por quien él hubiera derramado voluntariamente toda su sangre, solo

sentía en aquel momento un deseo infinito de morir.

—No quieres responder? Pues cuando se atrapa á la zorra ya no grita. Matadle.

—Amigo Jonás, repuso Hacket, deseo que la muerte de este hombre sea la primera hazaña de Han de Islandia entre nosotros.

—Sí, sí, gritaron multitud de voces.

Ordener, asombrado, pero siempre intrépido, buscó con los ojos á Han de Islandia, á quien disputó la vida con valor heróico, y vió con inmensa admiración avanzar hácia él á un hombre de estatura colosal, vestido con el traje de los montañeses. El gigante fijó en Ordener una mirada atrozmente estúpida y pidió un hacha.

—Tú no eres Han de Islandia, le dijo Ordener con voz entera.

—Que muera! que muera! gritó Hacket furioso.

Ordener conoció que no podía salvarse. Metió la mano en el pecho para sacar el rizo de su Ethel y darle el postrer beso. Este movimiento hizo caer un papel al suelo.

—Qué papel es ese? Norbith, tomad ese papel.

Era Norbith un jóven cuyas facciones duras y atezadas tenían cierta expresion de nobleza. Cogió el papel, lo abrió y lo leyó.

—Es un salvo-conducto de mi pobre amigo Nedlam, exclamó; del desgraciado compañero que ajusticiaron hace ocho dias por monedero falso en la plaza Mayor de Skongen.

—Pues bien, dijo Hacket con la voz del hombre que vé fallidas sus esperanzas; guardaos ese pedazo de papel; yo creia que seria importante. Vos, Han de Islandia, despachad á ese hombre.

El jóven Norbith se colocó delante de Ordener y dijo:

—Este hombre está bajo mi protección, y antes caerá mi cabeza que un solo cabello de la suya. No consentiré que sea violado el salvo-conducto de mi amigo Nedlam.

Protegido Ordener de tan milagroso modo, bajó la cabeza y se humilló, acordándose del desden con que escuchó las palabras tiernas del sacerdote Atanasio Munder.

—Bah! bah! contestó Hacket, sois muy amigo de bromas; este hombre es espía y es preciso que muera.

—No morirá, replicó Norbith. Repito que no morirá, porque Nedlam no quiere que muera.

—En efecto, dijo el viejo Jonás, Norbith tiene razon... ¿Cómo hemos de matar á un hombre que lleva un salvo-conducto?

—Pero es espía, es un espía, repitió Hacket.

Colocóse el anciano junto al jóven y delante de Ordener, y ambos dijeron con gravedad:

—Lleva el salvo-conducto de Christóphorus Nedlam, que fué ahorcado en Skongen.

Vió Hacket que le era preciso ceder, porque la multitud se ponía de parte de Jonás y de Norbith.

—Pues bien, dijo entre dientes con rabia concentrada, que viva. Por otra parte, eso es más interés vuestro que mio.

—Aunque fuese el diablo en persona no le mataria, exclamó Norbith triunfante.

Volviéndose hácia Ordener, le dijo:

—Escucha; debes ser para nosotros un buen hermano, ya que posees el salvo-conducto de Nedlam, mi querido amigo.

Nosotros somos los mineros reales que nos rebelamos para sacudir la tutela que nos oprime. El señor Hacket, que está delante de tí, os dirá que tomamos las armas en nombre de cierto conde de Schumacker, á quien yo ni siquiera conozco. Ya ves que nuestra causa es justa; escucha y respóndeme como si respondieses á tu santo patron. ¿Quieres ser de los nuestros?

Una idea pasó por la imaginacion de Ordener, y respondió:

—Sí.

Norbith le entregó un sable, que nuestro héroe recibió silenciosamente.

—Hermano, dijo el jóven caudillo, si nos haces traicion, empieza por matarme á mí.

Resonó en aquel instante bajo las bóvedas de la mina el sonido de una trompa y se oyeron voces lejanas que decian:

—Ya está aquí Kennybol, ya está aquí.

## XXXII.

Hay pensamientos sublimes que hasta los cielos se elevan.  
(ROMANCIERO ESPAÑOL.)

¶ Tiene algunas veces el alma inspiraciones súbitas, ideas repentinas, de las que un volúmen entero de pensamientos y de reflexiones no podría expresar ni sondear la profundidad, así como la claridad de mil antorchas nunca podría producir el resplandor inmenso y rápido del relámpago.

No trataremos, pues, de analizar aquí la impulsión imperiosa y secreta que obligó al noble hijo del virey de Noruega á aceptar la proposicion del jóven Norbith y á alistarse entre los bandidos que se rebelaban en favor de un prisionero de Estado. Moviéronle á ello, sin duda, el generoso deseo de profundizar á toda costa aquella tenebrosa aventura, el amargo disgusto de la vida y la desesperacion del porvenir; quizás tambien alguna duda acerca de la culpabilidad de Schumacker, inspirada por lo extraño é incoherente de las diversas apariencias, que le chocaban acaso por el instinto desconocido de la verdad, y sobre todo por el amor que profesaba á Ethel. Acaso, acaso, hostigárale tambien á tomar aquella resolucion un presentimiento íntimo del bien que pudiera hacer á Schumacker un amigo verdadero colocado entre partidarios ciegos.

## XXXIII.

Es ese el jefe? sus miradas me aterran y no me atreveré á hablarle.  
(MATURIN.—Bertram.)

¶ Al oír los gritos que anunciaban al famoso cazador Kennybol, Hacket salió inmediatamente á recibirle, dejando á Ordener con los otros dos jefes.

—Gracias á Dios que habeis llegado; venid, que quiero presentaros á vuestro jefe Han de Islandia.

Al oír este nombre, Kennybol, que llegaba pálido, jadeando, con el pelo erizado, el rostro inundado de sudor y las manos tintas en sangre, retrocedió tres pasos.

—Han de Islandia! exclamó sorprendido.

—Tranquilizaos, le contestó Hacket; viene solo para ayudaros. Solo habeis de ver en él un amigo, un compañero.

Kennybol no le oía.

—Han de Islandia aquí! volvió á repetir.

—Sí, sí; qué es eso? teneis miedo?

—¡Pero decís que Han de Islandia está en esta mina!

Hacket se volvió hácia los que le rodeaban, diciéndoles:

—¿Es que se ha vuelto loco el valiente Kennybol? Y luego, dirigiéndose á éste:

—Voy creyendo que vuestra tardanza la ocasionó el miedo á Han de Islandia.

Kennybol alzó la mano al cielo y exclamó:

—Por Santa Etheldera, la bienaventurada mártir noruega, os juro, señor

Hacket, que no fué el miedo á Han de Islandia, que ha sido el mismo bandido el que me impidió llegar aquí antes.

Estas palabras provocaron un murmullo de asombro entre la muchedumbre de montañeses y de mineros que rodeaban á los dos interlocutores é hicieron fruncir el ceño á Hacket.

—Cómo? Qué decís? preguntó bajando la voz.

—Digo y repito que, á no ser por ese bandido islandés, hubiera estado aquí hace mucho tiempo.

—Pues qué os ha hecho?...

—No me lo preguntéis; solo pido á Dios que mi barba encanezca en un solo dia como la piel del armiño si se me encuentra otra vez en toda mi vida, ya que escapé de ésta, persiguiendo á ningun oso blanco.

—¿Habeis estado á pique de que os devorara algun oso?

Alzó los hombros Kennybol en señal de desprecio.

—Un oso! ¡Vaya un formidable enemigo! ¡Por cobarde me teneis, señor Hacket!...

—Perdonad, amigo Kennybol, le contestó Hacket sonriendo.

—Si supiérais lo que ha sucedido, añadió el veterano cazador, no me aseguraríais que Han de Islandia está aquí.

Turbóse otra vez el semblante de Hacket. Cogió del brazo bruscamente al cazador, como temiendo que se acercase al punto de la plaza subterránea desde donde éste pudiese ver la enorme cabeza del gigante por encima de todas las de los mineros y montañeses.

—Os suplico, amigo Kennybol, dijo el enviado con voz casi solemne, que me conteis lo que ha motivado vuestra tardanza. En los presentes momentos eso puede ser de importancia para nosotros.

—Es verdad, contestó el cazador, despues de reflexionar un instante.

Accediendo á las instancias reiteradas de Hacket, le contó que salió aquella mañana, con seis compañeros más, á perseguir un oso blanco, al que acosaron hasta los alrededores de la gruta de Walderhog, sin que se apercibieran en el ardor de la caza que se encontraban cerca de tan temible sitio; los quejidos del oso, reducido al último extremo, atrajeron á un hombrecillo, á un demonio, que, armado de un hacha de piedra, se precipitó sobre ellos en defensa del oso. La aparicion de aquel diablo, que no podia ser más que Han de Islandia, los heló á todos de terror, de tal manera,

que los seis compañeros de Kennybol fueron víctimas de los dos monstruos, y él debió únicamente su salvación á la fuga, en la que no fué alcanzado gracias á su agilidad, á la fatiga que sentía Han de Islandia y sobre todo á la protección de San Silvestre, bienaventurado patron de los cazadores.

—Ya veis, Sr. Hacket, que si llegué tarde no tuve yo la culpa, y que es imposible que el demonio de Islandia, que dejé esta mañana con el oso, encarnizándose con los cadáveres de mis seis compañeros en el soto de Walderhog, esté ahora como amigo y aliado nuestro en esta mina de Apsyl-Corh, punto de nuestra cita. Protesto y repito que es imposible. Ahora que he visto á ese demonio, le conozco y no se me despintará.

Hacket, que estuvo escuchando con gran atención, tomó la palabra y le dijo con tono grave:

—Amigo Kennybol, cuando se trate de Han de Islandia ó del infierno no creais nada imposible. Ya sabia yo todo lo que acabais de decir.

En las ásperas facciones del cazador veterano se pintó la expresión del más extremado asombro y de la más inocente credulidad.

—Lo sabiais!

—Sí, prosiguió diciendo Hacket, en cuyo rostro un observador más sagaz hubiera leído algo de sardónico; lo sabia todo, excepto que hubierais sido vos el héroe de esa triste aventura. Han de Islandia me lo contó todo al llegar aquí.

—Verdaderamente! exclamó Kennybol; y su mirada, fija en Hacket, tomó la expresión del temor y del respeto.

Hacket continuó con la misma sangre fría:

—Sin duda; pero ahora recobrad la tranquilidad, que voy á presentaros al formidable Han de Islandia.

Kennybol lanzó un grito de espanto.

—Os digo que no tengais el menor recelo, repitió Hacket. Ved en él á vuestro jefe y á vuestro compañero... pero no le recordeis siquiera lo que pasó esta mañana, lo entendéis?

Tuvo Kennybol que ceder; pero no sin gran repugnancia consintió en dejarse presentar al demonio. Con esta idea llegaron ambos al grupo en que estaban Ordener, Jonás y Norbith.

—¡Amigo Jonás, valiente Norbith, que el cielo os asista! les dijo el cazador.

—Bien lo necesitamos, Kennybol, le contestó Jonás.

Fijó entonces Kennybol los ojos en

Ordener, que ya le buscaba con los suyos.

—Ah! ya estais aquí, noble jóven? le dijo aproximándose á él y tendiéndole la ruda mano. Sed bien venido. ¿Parece que vuestro atrevimiento tuvo buen éxito?

Ordener, que no se explicaba cómo ese montañés podia comprenderse tan bien, iba á provocar una explicación, cuando Norbith le preguntó:

—Conoces á este jóven, Kennybol?  
—Le conozco y le estimo y le quiero. Se sacrifica como nosotros á la buena causa que servimos.

Dijo esto echando á Ordener una segunda mirada de inteligencia, á la que éste se preparaba á contestar, cuando Hacket, que habia ido á buscar al gigante, de quien todos los bandidos huían con espanto, llegó adonde estaban los cuatro y les dijo:

—Valiente cazador Kennybol, aquí teneis á vuestro jefe el famoso Han de Islandia.

Kennybol examinó de una ojeada al gigantesco bandido, y más sorprendido que temeroso, se inclinó al oído de Hacket y le dijo:

—El Han de Islandia que dejé esta mañana en Walderhog era un enano.

Hacket le contestó en voz baja:  
—No olvideis que es un demonio.  
—Así es, dijo el crédulo cazador. Habrá cambiado de forma.

Kennybol volvió la cara temblando para hacer furtivamente la señal de la cruz.

## XXXIV.

La máscara se acerca: es Angelo. El pícaro sabe su oficio; está muy seguro de lo que hace.

(LESSING.)

**E**n un bosque sombrío de viejas encinas, en el que penetra apenas el pálido crepúsculo de la mañana, un hombre de baja estatura se acerca á otro que está solo y que parece que está esperándole. Entablan ambos en voz baja el siguiente diálogo:

—Dígnese perdonarme vuestra gracia que le haya hecho esperar. Varios incidentes retardaron mi llegada.

—¿Qué incidentes?

—El jefe de los montañeses, Kennybol, no llegó á la cita hasta media noche. Y perdimos algun tiempo, porque nos sorprendió un testigo inesperado.

—¿Quién era?

—Un hombre que se arrojó como un

loco en la mina en medio de nuestro sanedrin. Al principio creí que era un espía y mandé que lo matasen; pero luego resultó que era portador del salvoconducto de cierto ahorcado que respetaban mucho los mineros, y ellos le tomaron bajo su protección. Más creo, cuanto más en ello medito, que debe ser un viajero curioso ó un sábio imbécil. De todos modos he tomado mis medidas.

—Pero lo demás todo vá bien?

—Muy bien; mandan Norbith y el viejo Jonás á los mineros de Guldbranshal y de Fa-roër, y los montañeses de Kole, á las órdenes de Kennybol, deben ya estar en marcha en estos momentos. A las cuatro millas de la Estrella Azul se les juntarán sus compañeros de Kongsberg, de Hubfallo y de Sund-Moer; y los herreros del Smiasen, que han rechazado á la guarnición de Wals-trohm, como sabe el noble conde, los esperan algunas millas más allá. En fin, todas las partidas reunidas harán alto esta noche, á dos millas de Skongen, en las gargantas del Pilar Negro.

—¿Cómo han recibido á vuestro falso Han de Islandia?

—Con entera credulidad.

—¡Si pudiera vengar en ese monstruo la muerte de mi hijo! ¡Lástima que se nos haya escapado!

—Soy de opinión que empiece vuestra gracia por aprovecharse de mi Han de Islandia para vengarse de Schumacker, que luego podreis pensar en los medios de vengaros del bandido verdadero. Los insurgentes andarán hoy todo el día y pasarán la noche en el desfiladero del Pilar Negro, á dos millas de Skongen.

—¡Y vá á aproximarse tanto á Skongen ejército tan considerable, Musdæmon!

—Sospechais, noble conde?... Envíe vuestra gracia en este mismo instante un mensaje al coronel Vethaum, cuyo regimiento debe estar en este momento en Skongen; informadle de que todas las fuerzas de los insurgentes estarán sin desconfianza acampadas en el desfiladero del Pilar Negro, que parece haberse hecho adrede para las emboscadas.

—Os comprendo; ¿pero por qué lo habeis dispuesto de modo que los rebeldes sean tan numerosos?

—Cuanto más formidable sea la insurrección, mayores serán el crimen de Schumacker y vuestro mérito. Además, importa que sea sofocada de un solo golpe.

—¿Por qué habeis dispuesto que sea

tan próximo á Skongen el sitio destinado al descanso de los insurrectos?

—Porque entre las montañas, ese es el único sitio en el que la defensa es imposible. Solo podrán salir de allí los que se designen para responder á los interrogatorios del tribunal.

—Si así es, perfectamente. Una voz interior me dice, Musdæmon, que urge terminar pronto este asunto. Si todo vá bien por esa parte, por otra todo vá mal. Sabéis las secretas investigaciones que hicimos en Copenhague respecto á los documentos importantes que pudieron caer en poder del capitán Dispolsen...

—¿Qué, señor?

—Pues acabó de saber que ese inamigante está en relaciones misteriosas con el maldito astrólogo Cumbysum.

—Que acaba de morir?

—Sí; y que ese brujo, al espirar, remitió al agente de Schumacker dichos documentos.

—Maldición! exclamó Musdæmon; entre ellos habia cartas mias y una exposición de nuestro plan.

—De nuestro plan, Musdæmon!

—Perdóneme vuestra gracia; pero decidme, ¿por qué os fiásteis de ese charlatan de Cumbysum, de ese pícaro traidor?

—Escuchad, Musdæmon; no soy un sér sin creencias y sin fé como vos. No sin justos motivos tuve siempre confianza en la ciencia mágica del anciano Cumbysum.

—Así hubiera tenido vuestra gracia tanta desconfianza en su fidelidad como confianza le inspiraba su ciencia. Después de todo, pensándolo bien no debemos alarmarnos; Dispolsen murió, los documentos se han extraviado, y dentro de algunos días ya nadie se acordará de las personas á las que pudieran aprovechar.

—Y en todo caso, ¿quién se atrevería á acusarme?

—Ni á mí, estando bajo la protección de vuestra gracia.

—Oh, sí, querido amigo, podéis contar conmigo; pero os ruego que apresuremos el desenlace de este asunto; voy á enviar el mensaje al coronel. Venid conmigo; mis criados me aguardan detrás de aquellos matorrales: es preciso volvernos á Drontheim, de donde ya habrá salido el general Levin. Continúad sirviéndome como hasta ahora y reíos de los Cumbysum y Dispolsen, pues podéis contar conmigo para todo.

—Puede también contar vuestra gracia con mi eterno agradecimiento.